**DÍA DEL ENFERMO**

**11 de febrero de 2017**

La Iglesia ha encontrado en las palabras del salmo 144 “Ya entra la princesa bellísima, vestida de perlas y brocado” la mejor expresión para definir la belleza interior de la Virgen María en esta tierra y la belleza eterna de aquella que fue coronada por su Hijo como Reina y Señora de todo lo creado.

La belleza del rostro de María es reflejo de la belleza de Cristo, “el más bello de los hombres” porque contiene la belleza de Dios incluso en su Pasión cuando su rostro no parecía el de un hombre. Esta belleza que trasciende los cánones de la belleza artística es la que Bernardette contempló en el rostro de aquella “Hermosa Señora” que veía con sus propios ojos en la Gruta de Masabelle.

La belleza de la Señora, de la Virgen María, no brota de la carne y de la sangre de sus padres sino de la gracia que Dios le concedió al ser preservada del pecado desde el momento de su concepción. Su rostro es reflejo de su alma, limpísima, purísima, hermosísima.

Por tanto, lo que sucede en la Gruta de Lourdes es una manifestación de la belleza de María a toda la humanidad que revela y confirma el dogma de la Inmaculada Concepción que el Papa Pio IX había declarado como verdad de fe cuatro años antes en la Bula *Ineffabilis Deus.* El Papa emérito Benedicto XVI decía en la Homilía con ocasión del 150 aniversario de las apariciones de Lourdes que: “La “Hermosa Señora” revela su nombre a Bernadette: “Yo soy la Inmaculada Concepción”… Ella es la hermosura transfigurada, la imagen de la nueva humanidad. De esta forma, al presentarse en una dependencia total de Dios, María expresa en realidad una actitud de plena libertad, cimentada en el completo reconocimiento de su genuina dignidad. Este privilegio nos concierne también a nosotros, porque nos desvela nuestra propia dignidad de hombres y mujeres, marcados ciertamente por el pecado, pero salvados en la esperanza, una esperanza que nos permite afrontar nuestra vida cotidiana”.

El pecado ha afeado la belleza con la que Dios creó al hombre. Y por esa razón el hombre está confundido, busca lo bello en aquellas cosas en las que no está la belleza aunque aparentemente le fascine su hermosura. Pero esta confusión puede convertirse en certeza porque Dios, en su infinita bondad ha querido que el rostro del hombre vuelva a ser bello en el rostro de su Hijo Jesucristo. Recordemos los versos de San Juan de la Cruz:

“*Mil gracias derramando
pasó por estos Sotos con presura,
e, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.*

En Cristo, pues, todo hombre ha recobrado la posibilidad de su auténtica y real belleza para la que fue creado. Ningún hombre o mujer por muy fea que sea su situación personal y moral queda al margen de este derramamiento de gracia que fluye de la mirada y de la figura de Cristo resucitado. Por eso, con toda razón la Virgen María dice desde su experiencia espiritual que “El poderoso ha hecho obras grandes por mí”. En ella ha hecho la gran obra de la asunción plena en la Redención de Cristo desde la que vislumbramos la nueva imagen de la humanidad.

Desde esta perspectiva podemos entender mucho mejor la belleza del enfermo, a pesar de la fealdad de su enfermedad. El Papa Francisco lo dice con estas palabras en el Mensaje que nos ha dirigido con motivo del Día del Enfermo de este año 2017: La hermosa Señora le habla (a Berrnardette) con gran respeto, sin lástima. Esto nos recuerda que cada paciente es y será siempre un ser humano, y debe ser tratado en consecuencia. Los enfermos, como las personas que tienen una discapacidad incluso muy grave, tienen una dignidad inalienable y una misión en la vida y nunca se convierten en simples objetos, aunque a veces puedan parecer meramente pasivos, pero en realidad nunca es así”.

La belleza de la persona humana está en su dignidad de persona. Una dignidad espiritual como imagen de Dios que la enfermedad no tiene fuerza para borrarla aunque sí tenga capacidad para deformar el cuerpo y, a veces, como el de Jesús camino del Gólgota “no tenga aspecto atrayente”. Nuestro compromiso con la sociedad actual es precisamente recordar esta gran verdad del hombre ante el afán de destruir, descartar y abandonar a las personas afeadas por la enfermedad o la pobreza. Cuantos os dedicáis de una manera especial a los enfermos y a los ancianos e impedidos estáis siendo un grito de esperanza para la humanidad, una voz crítica que valora por encima de todo lo verdadero y lo bello que toda persona tiene por el mismo hecho de ser persona. Nos desistáis en vuestro empeño. Seguid construyendo belleza, armonía, salud y paz ecológica que contribuye a restablecer en Cristo todo lo creado y redimido.

 Pongamos bajo el amparo de La Hermosa Señora de Lourdes a nuestros hermanos enfermos y a cuantos cuidan de ellos con cariño y ternura. Que, la Virgen María, consuelo de los afligidos, llene su corazón de alegría al contemplar en ella el reflejo del rostro de Cristo que nos llama a vivir con él eternamente en la gloria.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga